

Hurt
Vom Regen

HOCULS
POCULS

En el estado de Nueva York existe una pequeña institución de educación superior —el colegio Tarkington— para jóvenes acomodados de lento aprendizaje. Dicho pantel se localiza a las orillas del lago Mohiga; del otro lado de éste, justo enfrente, se levanta una enorme prisión —la institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos—, administrada con fines de lucro por los japoneses, quienes, junto con otros extranjeros acaudalados, han comprado a Estados Unidos.

Éste es un sitio muy apacible hasta que tiene lugar una fuga en el penal. 10 000 curtidos criminales atraviesan la congelada superficie del lago, que está tan dura como el pavimento de un estacionamiento. Los presidiarios atacan el colegio y toman como rehenes a los miembros de la Junta Directiva. Consternación. Pandemónium. Sin embargo, no todo termina ahí.... existen planes de conquistar el resto del universo.

Nota del editor

El autor no dispuso de hojas de papel de tamaño y calidad uniformes para escribir este libro. Redactó el texto en el interior de una biblioteca que contiene alrededor de ochocientos mil volúmenes, carentes de interés excepto para él. Como la mayoría de los libros ahí reunidos nunca han sido leídos y quizá nunca habrán de serlo, nada le hubiera impedido arrancar las guardas y convertirlas en cuartillas. Cosa que no hizo. El porqué no lo hizo se desconoce. Cualquiera que haya sido la razón de ello, el autor escribió su libro a lápiz, echando mano de todo tipo de material, desde papel de estraza hasta el reverso de tarjetas comerciales. Las líneas no convencionales que separan los pasajes incluidos dentro de cada capítulo indican el final de uno de los trozos de papel utilizados y el principio de otro. Así, la extensión del pasaje depende de la amplitud del trozo de papel empleado.

Se podría suponer que el autor, al hurgar en la basura en busca de algún material de escritura, pretendía establecer una reputación de humildad o de locura, puesto que enfrentaba un juicio procesal. Sin embargo, también, es igualmente probable que haya comenzado a redactar el texto de manera impulsiva, sin tener ninguna noción de que éste llegaría a convertirse en un libro, garabateando palabras en el trozo de papel que tenía más a mano. Después, pudo ser que considerara conveniente continuar su labor de trozo en trozo, como si cada uno fuera una botella por llenar. Quizá, cuando terminaba de rellenar alguno, sin

importar su tamaño, se sentía satisfecho por haber escrito todo lo que había que anotar sobre algo.

Enumeró todas las páginas, con objeto de que no hubiera duda alguna con respecto al orden secuencial de éstas, ni tampoco con respecto a su esperanza de que alguien, sin dejarse impresionar por el aspecto fragmentario del texto, las leyera de corrido, tal como se procede con los libros. En efecto, él mismo afirma en algunos pasajes, con una confianza mayor en las páginas finales, que lo que está haciendo es escribir un libro.

Se incluyen varios dibujos de lápidas. El autor sólo trazó uno de ellos; los demás son copias, que tal vez obtuvo utilizando papel transparente y calcando el original a contraluz sobre el cristal de alguna de las ventanas de la biblioteca. Las lápidas contienen inscripciones, y sólo en un caso aparece simplemente un signo de interrogación. En virtud de que tales caracteres no se pueden reproducir adecuadamente en una página impresa, se han transcrito en letras de imprenta.

El autor es responsable de las mayúsculas iniciales de ciertas palabras, que un editor meticuloso preferiría escribir con minúsculas. Asimismo, por razones inexplicables, Eugene Debs Hartke decidió emplear cifras, salvo al principio de cada frase, en lugar de expresar los números con palabras; por ejemplo, el lector se topará con «2» y no con «dos». Quizá haya considerado que los números pierden gran parte de su poder cuando se ven diluidos por el alfabeto^[1].

Al cabo de una prolongada reflexión, dejé prácticamente todas sus peculiaridades; apliqué lo que otro autor me señaló en alguna ocasión como la palabra más sagrada del vocabulario de un gran editor. Dicha palabra es «respétese».

K.V.

Este trabajo de ficción pura está dedicado a la memoria de

1

Mi nombre es Eugene Debs Hartke y nací en 1940. Me llamaron así a petición de mi abuelo materno, Benjamin Wills, quien era Socialista y Ateo, un modesto jardinero de la Universidad Butler de Indianápolis, Indiana, y seguidor de Eugene Debs, oriundo de Terre Haute, Indiana. Debs fue Socialista, Pacifista y Organizador Sindical; contendió varias veces para la Presidencia de los Estados Unidos de América y obtuvo más votos que cualquier otro candidato nominado por un tercer partido en la historia de ese país.

Debs murió en 1926, cuando yo tenía 14 años de edad.

Ahora estamos en el año 2001.

Si todo hubiera sucedido según las expectativas de mucha gente, Jesucristo estaría de nuevo entre nosotros y la bandera estadounidense habría sido plantada en Venus y Marte.

¡No tuvimos esa suerte!

Lo cierto es que el Mundo se va a acabar, un acontecimiento esperado con júbilo por muchos. Se terminará muy pronto, pero no en el año 2000, que ya vino y se fue. De lo que infiero que Dios Todopoderoso no es muy ducho en Numerología.

El abuelo Benjamin Wills murió en 1948, cuando yo tenía +8 años de edad, pero no lo hizo sin antes asegurarse de que me sabía de memoria las palabras más famosas pronunciadas por Debs:

«Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella. Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él. Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre.»

A pesar de mi tocayo Debs, nunca he sido alguien a quien se pueda acusar de subversivo. De los 21 a los 35 años de edad, fui un soldado profesional, Teniente en el Ejército de los Estados Unidos. Durante esos 14 años, hubiera matado al Mismísimo Jesucristo, si me lo hubiera ordenado un oficial superior. Cuando tuvo lugar el abrupto, humillante y deshonoroso final de la Guerra de Vietnam, yo era Teniente Coronel, con 1 000es y 1 000es de subordinados a mi mando.

En el transcurso de esa guerra, que no fue otra cosa que un negocio de municiones, supongo que existió una microscópica posibilidad de que haya alcanzado, durante un ataque con fósforo blanco o en un bombardeo con napalm, a un Jesucristo que hubiese estado de regreso.

Aunque nunca quise ser un soldado profesional, me convertí en uno bueno, si es que puede haber tal cosa. La idea de que yo debería asistir a West Point surgió tan inesperadamente como el final de la Guerra de Vietnam, durante mi último año de estudios en la escuela de segunda enseñanza. Tenía todo listo para acudir a la Universidad de Michigan, donde tomaría cursos de Inglés, Historia y Ciencias Políticas, y trabajaría en el periódico estudiantil, en preparación para la carrera de periodista.

Pero de repente mi padre, quien era un ingeniero químico involucrado en la fabricación de plásticos con un periodo de vida media de 50 000 años, y un ser tan lleno de excremento como un pavo de Navidad, dijo que yo debería estudiar en West Point. Él nunca estuvo en el Ejército. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue tan valioso como civil creador de sustancias químicas que no mereció ser enfun-

dado en traje de soldado, ni convertido en 13 semanas en un imbécil suicida y homicida.

Yo había sido aceptado en la Universidad de Michigan, cuando surgió de la nada este ofrecimiento de asistir a la Academia Militar de los Estados Unidos. La propuesta se planteó en un momento de abatimiento en la vida de mi padre, en una etapa en la que necesitaba algo de qué jactarse y que impresionara a nuestros candidos vecinos, quienes sin duda creían que estudiar en West Point constituía un gran premio, algo así como ser contratado por un equipo profesional de béisbol.

En consecuencia, mi padre aseveró, tal como yo hice más tarde ante los relevos de infantería recién desembarcados en Vietnam: «Ésta es una gran oportunidad.»

Dado un mundo perfecto, en verdad me hubiera gustado ser pianista de jazz. Quiero decir jazz. No rocanrol. Me refiero a la música siempre original que el pueblo negro de Estados Unidos dio al mundo. Toqué el piano en una banda integrada por músicos blancos, en mi escuela de Midland City, Ohio, a la que asistían exclusivamente alumnos blancos. Nos llamábamos «Los Mercaderes del Alma». ¿Qué tan buenos éramos? Teníamos que ejecutar la música popular de la gente blanca o nadie nos hubiera contratado. Pero, de vez en cuando, nos desviábamos hacia el jazz. Nadie parecía notar la diferencia. En esas ocasiones, nos enamorábamos de nosotros mismos. Caíamos en éxtasis.

Mi padre nunca debió hacerme ir a West Point.

No importa lo que le haya hecho al ambiente con sus plásticos no degradables. ¡Miren lo que me hizo a mí! ¡Qué papanatas era! Y mi madre siempre estuvo de acuerdo con las decisiones por él tomadas, lo que la convertía en otra tonta de capirote.

Murieron hace 20 años en un extraño accidente, cuando les cayó encima el techo de una tienda de regalos situada

en el lado canadiense de las Cataratas del Niágara, a las que los indios de este valle solían llamar «Castor de Trueno».

No hay términos indecentes en este libro, excepto «infierno» y «Dios», por si alguien teme que algún niño inocente pueda ver 1. La expresión que utilizaré para referirme al final de la Guerra de Vietnam es la siguiente: «Cuando el excremento llegó al aire acondicionado.» Quizá el único precepto que me enseñó el abuelo Wills y que he respetado durante toda mi vida adulta es aquél que reza que las palabrotas y las obscenidades autorizan a las personas que no quieren oír información desagradable a hacerse las sordas y ciegas.

Los soldados más despiertos que estuvieron bajo mi mando en Vietnam comentarían con cierto asombro que yo nunca utilicé groserías, lo que me diferenciaba de cualquier otro sujeto del Ejército. Tal vez se hayan preguntado si esto se debía a que yo era un hombre religioso.

Al respecto, les contestaría que la religión no tuvo nada que ver. De hecho, mi postura es muy parecida a la de un Ateo, como la del padre de mi madre, aunque esta afirmación la guardo para mí mismo. ¿Para qué discutir con alguien sobre la probabilidad de alguna clase de Vida Después de la Muerte?

«No digo indecencias», les respondería. «Y eso se debe a que tu vida y la de aquéllos que te rodean puede depender de que entiendas lo que te digo. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?»

Renuncié a mi grado en 1975, después de que el excremento llegó al aire acondicionado. Sin siquiera enterarme, engendré un hijo en el camino de regreso a casa, durante una breve escala en las Filipinas. Sin duda, di por sentado que la futura madre, una joven corresponsal de guerra de la

publicación *The Des Moines Register*, utilizaba un anticonceptivo infalible.

¡Me volví a equivocar!

Abundan las trampas en todos lados.

Creo que la mayor trampa que el Destino me preparó fue una hermosa y agradable mujer llamada Margaret Patton, quien me permitió cortejarla y casarme con ella poco después de mi graduación en West Point, así como engendrarle 2 hijos sin haberme informado de que existía una marcada tendencia hacia la locura en su familia materna.

En consecuencia, su madre, que vivía con nosotros, se volvió loca y luego ella misma perdió la razón. Nuestros hijos tenían motivos para sospechar que también enloquecerían al llegar a la edad madura.

Nuestros hijos, adultos en la actualidad, nunca nos perdonarán por habernos reproducido. Qué confusión.

Me doy cuenta de que al referirme a mi primera y única esposa con una palabra inhumana como la de trampa, corro el riesgo de ser considerado también un artefacto dañino. Sin embargo, muchas otras mujeres no han experimentado problemas para relacionarse conmigo como persona, ni para hacerlo de modo apasionado, y mi interés en ellas ha ido mucho más allá de lo meramente mecánico. Casi siempre he quedado hechizado tanto por sus almas, sus intelectos y la historia de sus vidas como por sus tendencias amorosas.

Pero después de que hube regresado de la Guerra de Vietnam, y antes de que Margaret o de que su madre nos hubiesen mostrado a mí, a los niños y a los vecinos síntomas inconfundibles de su locura hereditaria, ese equipo madre-hija me trataba como una especie de electrodoméstico, aburrido pero necesario, cual vil aspiradora.

Las cosas buenas han sucedido también inesperadamente, «maná del Cielo» en opinión de algunos, pero no en tal cantidad como para hacer de la vida un lecho de rosas o algo que se le asemeje. Justo al cabo de la guerra, cuando no tenía ninguna noción de qué hacer el resto de mi vida, me topé con un ex comandante en jefe que se había convertido en Director del Colegio Tarkington, ubicado en Scipio, Nueva York. En ese entonces, sólo tenía 35 años, mi esposa aún estaba cuerda y mi suegra todavía no enloquecía del todo. Me ofreció un puesto magisterial, y yo acepté.

A pesar de mi falta de créditos académicos más allá del grado de Licenciado en Ciencias obtenido en West Point, pude aceptar ese trabajo con la conciencia limpia porque todos los estudiantes del Tarkington eran de lento aprendizaje, completamente estúpidos o letárgicos, o algo por el estilo. Mi antiguo COM me aseguró que, sin importar la asignatura, tendría pocos problemas para mantenerme al frente de ellos.

Además, la asignatura que él quería que yo enseñara era precisamente aquélla en la que había sobresalido en la Academia: Física.

Ahora bien, mi mayor golpe de suerte, mi mayor porción de maná del Cielo, fue que en el Tarkington había la necesidad de que Alguien tocara el Carillón Lutz, un gran conjunto de campanas ubicadas en la cima de la torre de la biblioteca del colegio, en donde me encuentro escribiendo ahora.

Le pregunté a mi antiguo COM si las campanas eran tocadas por cuerdas. Me contestó que solían serlo, pero que las habían electrificado y que en la actualidad se tocaban mediante un teclado.

—¿Qué apariencia tiene el teclado? —inquirí.

—La de un piano —me respondió.

Nunca había tocado campanas. Muy pocos han tenido esa sonora oportunidad. Sin embargo, como yo sabía tocar el piano, le dije: «Estrecha la mano de tu nuevo campanero.»

Sin duda alguna, los momentos más felices de mi vida tuvieron lugar cuando tocaba el Carillón Lutz al principio y al final de cada día.

Hace 25 años vine a trabajar al Tarkington y, desde entonces, he vivido en este hermoso valle. Éste es mi hogar.

Aquí fui maestro. Luego, durante cierto tiempo, me desempeñé como Alcaide, una vez que el Colegio Tarkington se convirtió en el Reformatorio Estatal Tarkington, lo cual ocurrió en junio de 1999, hace 20 meses.

Hoy día, yo mismo soy un recluso de esta institución. Todavía no he sido condenado por nada. Estoy esperando que se presente el caso ante un tribunal, lo cual se llevará a cabo en Rochester, donde se analizará mi supuesta responsabilidad intelectual en una fuga masiva de la Institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos del Estado de Nueva York, situada en Athena, al otro lado del lago.

Resulta que también tengo tuberculosis, y que mi pobre y podrida esposa, así como su madre, han sido enviadas por orden del juez al asilo para lunáticos de Batavia, Nueva York, algo que yo nunca tuve el valor de hacer.

Ahora, me siento tan impotente y despreciado que el hombre en honor del cual me llamaron Eugene Debs, si aún viviera, se habría por fin encariñado un poco conmigo.

2

En tiempos más optimistas, cuando no se comprendía cabalmente que los seres humanos estaban destruyendo el planeta con los desechos de su propia ingenuidad y que, de todas formas, una nueva Edad de Hielo había comenzado, el nombre genérico asignado al carromato tirado por caballos que transportaba mercaderías y colonos a través de las llanuras que se convertirían en territorio de Estados Unidos de América y, más tarde, desde las Montañas Rocallosas hasta el Océano Pacífico, era el de «Conestoga», en virtud de que el primero de estos vehículos se construyó en el Valle de Conestoga, Pennsylvania.

Tales carromatos abastecían a los pioneros de cigarros, entre otras cosas, motivo por el cual, hoy día, en el año 2001, todavía se denomina a los pitillos «stogies», que es un diminutivo de «Conestoga».

Hacia 1830, los carromatos más sólidos y populares fueron fabricados por la Mohiga Wagon Company precisamente aquí, en Scipio, Nueva York, en la estrecha cintura del Lago Mohiga, el más profundo, frío y occidental de los largos y delgados Finger Lakes. Así que los sofisticados fumadores de cigarros podrían dejar de referirse a sus bombas apestosas con el término de «stogies» y, en su lugar, llamarlas «mogies» o «higgies».

El fundador de la Mohiga Wagon Company fue Aaron Tarkington, un brillante inventor y fabricante que, sin embargo, no sabía leer ni escribir. En la actualidad, se le diagnosticaría como un heredero libre de culpa del defecto ge-

nético denominado dislexia. Él decía de sí mismo que, al igual que el Emperador Carlomagno, estaba «muy atareado para aprender a leer y escribir». Sin embargo, no lo estaba tanto, puesto que hacía que su esposa le leyera durante 2 horas cada tarde. Como tenía una excelente memoria, dictaba conferencias cada semana a los trabajadores de la fábrica, las cuales adornaba con citas prolijas de Shakespeare, Homero, la Biblia, etcétera.

Procreó 4 niños, un hijo y 3 hijas; todos ellos sabían leer y escribir. Sin embargo, en virtud de que aún portaba el gene de la dislexia, era probable que varios de sus propios descendientes no pudieran llegar muy lejos dentro de los esquemas convencionales de la educación. Dos de los hijos de Aaron Tarkington no heredaron el defecto en cuestión, ya que ellos mismos se convirtieron en autores de libros, los cuales apenas ahora acabo de leer y que sin duda nadie leerá de nuevo. El único hijo varón de Aaron, Elias, redactó un informe técnico de la construcción del Canal de Onondaga, que conectaba el extremo norte del Lago Mohiga con el Canal Erie, justo al sur de Rochester. Y la hija más joven, Felicia, escribió una novela, *Carpathia*, que versa sobre una muchacha testaruda y aristócrata del Valle de Mohiga que se enamoró de un individuo medio indio encargado del funcionamiento de las esclusas del canal mencionado.

Ese canal fue rellenado y cubierto con cemento; hoy día, es la Carretera 53, que se bifurca en el nacimiento del lago, donde se hallaban las esclusas. Una de las bifurcaciones lleva al sudoeste, atraviesa una serie de granjas y culmina en Scipio. La otra conduce al sudeste, corre bajo la penumbra perpetua del Bosque Nacional Iroqués y concluye en la cima pelada de la colina coronada por las murallas de la Institución Correccional de Máxima Seguridad para Adultos del Estado de Nueva York, esto es, en Athena, aldea situada directamente enfrente de Scipio, al otro lado del lago.

Ténganme paciencia. Esto es historia. Intento explicar cómo este valle, este verde callejón sin salida, se convirtió en lo que hoy es.

Las 3 hijas de Aaron Tarkington se casaron con integrantes de prósperas y emprendedoras familias de Cleveland, Nueva York y Wilmington, Delaware; de ese modo, extendieron inocentemente la amenaza de una pandemia de dislexia a una naciente clase hegemónica de banqueros e industriales, desplazados ampliamente en mi época por alemanes, coreanos, italianos, ingleses y, por supuesto, japoneses.

El hijo de Aaron, Elias, permaneció en Scipio y tomó posesión de las propiedades de su padre, añadiéndoles una cervecería y una fábrica de alfombras accionada por vapor, la primera de su clase en el estado. En Scipio, no había energía hidráulica y su prosperidad industrial no estuvo basada, antes de la introducción del vapor, en el uso de energía barata y de materias primas locales, sino en la inventiva y los altos niveles de destreza de sus habitantes.

Elias Tarkington nunca se casó. Fue herido gravemente a los 54 años de edad, cuando asistía como observador civil a la Batalla de Gettysburg, luciendo chistera y toda la cosa. Estaba ahí para ver el estreno de 2 de sus invenciones: una cocina móvil o de campaña y un mecanismo neumático de retroceso para la artillería pesada. Cabe señalar que la cocina en cuestión, con ligeras modificaciones, fue adoptada más tarde por el Circo Barnum & Bailey, y después por el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial.

Elias Tarkington era un hombre alto, delgado y patilludo, que usaba sombrero de copa. En Gettysburg, una bala le atravesó el pecho, pero no lo hirió mortalmente.

El hombre que le disparó fue 1 de los pocos soldados Confederados que alcanzaron las líneas de la Unión durante el Ataque de Pickett. El soldado, Johnny Reb, falleció en